

crédito merece la aventura de Duclos que se supone escamoteó algunas bolas negras que hubieran podido perjudicar á d'Alembert? Las memorias de aquel tiempo están acordes en declarar que *á no ser por Duclos*, hubiera sido elegido Boismont. El discurso de d'Alembert fué muy aplaudido. Le contestó Grenet que casi produjo un escándalo con su salida á lo Boileau á propósito de Surian, contra « los pontífices agradables y profanos que consideran su residencia natural como un destierro y vienen á pasear su inutilidad entre los escollos, el lujo y la molicie de la capital, arrastrando en la corte una ambición sin talento, urdiendo intrigas sin necesidad y ostentando una importancia sin base ». Esto en plena sesión pública causó el efecto de un jarro de agua fría.

En lo sucesivo compuso d'Alembert gran número de elogios cuyo principal mérito consistía en la mímica y en el tono de la lectura. Poseía un curioso don para imitar y parodiar los tipos; y era el encanto de los salones, papel verdaderamente imprevisito tratándose de un geómetra.

Un libro acerca de la destrucción de los Jesuitas excitó contra él las mayores tempestades y le valió los nombres de « hiena, de filisteo, de amorreo, de bestia hedionda y de Rabsaces ».

Era esto suficiente para conquistarle las simpatías de Federico II de Prusia, que le invitó á presidir su Academia. Durante largo tiempo se negó á ello, porque era altivo. Sólo se decidió más tarde á ir á Berlín donde trabó amistad con el gran sabio Euler. Después volvió á París, donde le retuvo á su lado la señorita de Lespinasse. Rehusó la invitación de Catalina de Rusia con la que mantuvo una correspondencia honrosa para ambos.

Acabo de nombrar á la señorita de Lespinasse, célebre por las tiernas cartas que ha dejado. Era una hija del amor, pobremente educada en Lyon por su padre y detestada por su madre y sus hermanas, que le robaron parte de su herencia. Fué dama de compañía y estuvo al servicio de la Sra. du Deffand que le cobró gran apego y cariño, hasta el día en que echó de ver que hablaba demasiado bien y que su salón se convertía en el de la Señorita de Lespinasse, á la que se dirigían todos los homenajes, todas las noticias, y todas las frases ingeniosas. Entonces la echó de su casa. Sus amigos hicieron una suscripción en favor de la desgraciada; Madama de Luxembourg le pagó los muebles y la Sra. de Geoffrin le constituyó una renta vitalicia. Aquello fué la guerra declarada: se tuvo que escoger entre los dos salones. D'Alembert siguió á la Sta. Lespinasse¹, su amada. Sin ser hermosa era muy soli-

1. Véase lo dicho en la nota página 66 acerca del papel importante de las mujeres en la literatura francesa. Bien es verdad que en los primeros tiempos de la Galia no lo era menos el de las druidesas (Véase *El Genio del Cristianismo*) y en las asambleas guerreras de los galos tenían voz y voto las mujeres. Recuérdese por otra parte el papel de las *Preciosas*. (N. del T.)

citada y no tenía fama de cruel, mostrándose al mismo tiempo amable con el Sr. de Mora y el Sr. de Guileart. Se vió mezclada en todos los trabajos de d'Alembert, en sus relaciones y en su correspondencia; fué su secretaria, su colaboradora y á veces su guía en materia de estilo, porque rendía ferviente culto á la elegancia del lenguaje, según lo atestigua la anécdota que cita Morellet:

« La Sta. de Lespinasse amaba con pasión á los hombres de ingenio y no desdenaba ningún medio para conocerlos y conquistar su amistad. Había deseado vivamente conocer el Sr. de Buffon. Habiéndose encargado de procurarle esta felicidad la Sra. Geoffrin, invitó á Buffon á pasar la velada en su casa. La Sta. de Lespinasse, al saberlo, no cabía en sí de gozo, prometiéndose observar con la mayor atención á aquel hombre célebre y no perder ni una sola palabra de las que salieran de su boca.

« Habiendo empezado la conversación la Sta. de Lespinasse con los cumplidos lisonjeros y delicados en que era maestra, recayó la discusión sobre el arte de escribir y alguien observó con gran elogio de que modo había sabido reunir el Sr. de Buffon la claridad con la elevación del estilo, cosa muy difícil y rara. » ¡Cáspita! dijo el Sr. de Buffon con la cabeza erguida, los ojos medio cerrados y con cierto aire entre bobo é inspirado ¡Cuando se trata de clarificar su estilo, es harina de otro costal. »

« Al oír semejante frase tan vulgar, túrbase la Sta. de Lespinasse, se altera su fisonomía y se retrepa en su sillón repitiendo entre dientes: « ¡harina de otro costal, clarificar su estilo! » No volvió de su asombro en toda la noche. »

Sus cartas son ardientes, apasionadas; en ellas hace revivir sus horas de ternura con tanto encanto y sinceridad que sus faltas parecen las del amor. D'Alembert sufría con sus traiciones, pero no dejaba por eso de amarla. Le ofreció su retrato con estos versos:

Et dites quelquefois en voyant cette image

De tous ceux que j'aimai, qui m'aima comme lui¹?

Su muerte le sumió en el más profundo dolor. Murió á los 66 años, dejando el recuerdo de un espíritu distinguido, de un corazón generoso, noble y bueno, de un sabio muy avisado y de un escritor cuya gloria y celebridad se cifraron durante largo tiempo en el *Prefacio*.

1. Decid de vez en cuando, al contemplar mi imagen,
De cuantos he querido ¿quién me amó como él?

Buffon (1707-1788) es otro gran sabio que honró á la vez las letras y las ciencias.

En el mes de mayo de 1875, fué Hérault de Séchelles á visitar á Buffon en su propiedad de Montbard cerca de Semur. Divisó á lo lejos sobre una colina la torre del castillo, llegó á casa del grande hombre y fué introducido por el hijo — que murió en la guillotina en 1793, lo mismo que su visitante, — en el salón adornado con pájaros pintados á la acuarela. Abrióse en seguida la puerta y apareció Buffon, el cual, antes de adelantarse á su huésped, cuidó metódicamente de volverse y cerrar la puerta. Hérault pensó para sí :

— ¿Será acaso un espíritu de orden que lo hace todo con igual exactitud ?

Adelantóse majestuosamente con los brazos abiertos. Su rostro era noble y tranquilo. Tenía 78 años, y aparentaba sesenta. Acababa de pasar diez y seis noches de horribles dolores á consecuencia de un ataque de mal de piedra, y sin embargo aparentaba toda la frescura de un joven, tanta era la robustez de su temperamento. El busto de Houdon lo representa con gran viveza y naturalidad. Aunque enfermo, llevaba el pelo rizado. Todos los días se hacía poner *papillotes*¹. Llevaba una bata amarilla con rayas blancas y flores azules. Su voz era fuerte y llena de familiaridad. Cuando hablaba, aparentaban sus ojos la mayor movilidad sin fijarse en nada. Tenía la vista baja y era vanidoso de buena fe. Target decía de él :

— He aquí un hombre que tiene mucha vanidad al servicio de su orgullo.

La finca en que vivía era vasta y se disfrutaba desde la casa una vista espléndida. Había allí pajareras y fosos para leones y osos. Su gabinete de trabajo se hallaba en la torre y estaba cerrado por una puerta verde de dos hojas en forma de arco; las paredes estaban pintadas de verde y adornadas con figuras de animales. El piso estaba embaldosado y tenía una alfombra. Componían el mueblaje un canapé, unas sillas de cuero negro, una cartonera y una mesa. Cubría su cabeza una toca gris. Pasaba en Montbard ocho meses del año.

Era regular en sus costumbres y firme en sus propósitos. Consideraba que el genio es la mayor aptitud para la paciencia. Cuando se acostaba tarde, se hacía despertar por un saboyano á quien daba una gratificación, cuando le sacudía brutalmente por los hombros para arran-

1. Zabaleta, en *Día y noche de Madrid*, los llama *torcidas*, hablando de los elegantes madrileños que se rizaban el pelo. (N. del T.)

carle del sueño, á pesar de sus recriminaciones y amenazas. Despertaba siempre á las cinco de la mañana; á las seis estaba ya trabajando en su torre á medio cuarto de legua de la casa. Empezaba por releer y corregir lo que había escrito la víspera. La sesión de trabajo duraba hasta la una, hora del almuerzo y del descanso. Entonces se ponía alegre y hasta libertino y grosero. Sus teorías acerca del amor eran triviales y bajas, logrando indignar con ellas hasta á la señora de Pompadour. Era galante y hasta galanteador y le gustaba la sociedad de las mujeres. Asociaba la galantería y la física. Para calcular el enfriamiento de la tierra empleaba cinco ó seis lindas mujeres poniéndoles en las manos globos de diferentes materias elevados á la misma temperatura, y se hacía dar cuenta del enfriamiento progresivo experimentado por aquellas pieles delicadas.

Tenía por divisa : Todo lo que no sirve, perjudica. Hallaba siempre algo bueno en la obra más mediana. No conservaba ni papeles ni notas y su gabinete de trabajo estaba desnudo como una celda.

Por la tarde recibía y hablaba libremente.

Hablaba de sus trabajos con no disimulado orgullo, ensalzando su perfección y su mérito. Se hacía contar detalladamente la crónica escandalosa del país y sólo se ocupaba entonces de sus negocios, de su gente de servicio, de los cuatrocientos obreros de sus fraguas, en compañía de su ama de llaves, Sra. Blesseau, ó del P. Ignacio, su cura. Estaba casado : se había desposado á los 43 años con la Sta. de Saint-Belin, que sólo contaba 20.

Hablaba de sus libros, de sus corresponsales y de cuestiones diversas; hablando de la religión, decía que es necesaria para el pueblo : criticaba el estilo de los grandes autores y no admitía que Racine pudiese decir : « El día nos es más puro que el fondo de mi corazón. » porque se trata de dos cosas que no se pueden comparar. No le gustaban los versos : « Yo los hubiera hecho como cualquier otro, decía, si esto no equivaliese á poner grillos á la razón. » En otra ocasión decía :

« No soy poeta ni he querido serlo, pero me gusta la hermosa poesía. Habito en el campo, tengo *jardines*, conozco las *estaciones*, y he vivido muchos *meses*; he querido pues leer algunos de esos poemas tan celebrados de las *Estaciones*, de los *Meses* y de los *Jardines*. Ninguno de ellos ha sabido, no digo pintar la naturaleza, sino ni siquiera presentar un solo rasgo característico de sus bellezas mas aparentes. »

Poseía el sentimiento de lo pintoresco, de la naturaleza y de la poesía.

Se conserva de él esta elegante cuarteta :

Sur vos genoux, ó ma belle Eugénie,
A des couplets je songerais en vain,

Le sentiment étouffe le génie,
Et le pupitre égare l'écrivain¹.

Daba gran importancia al traje: « El traje forma parte de nosotros mismos » decía él, y quería que sus campesinos le viesen siempre con casaca muy bordada.

— No puedo trabajar, aseguraba, sino cuando me siento bien limpio y arreglado².

Sabía de memoria casi todas sus obras y con frecuencia se hacía leer sus páginas preferidas, como el discurso del primer hombre cuando describe la historia de sus sentidos, el desierto de Arabia, en el capítulo del camello, y el artículo del Kamichi. Si le preguntaban cómo se había hecho célebre, respondía:

— Pasando cincuenta años en mi mesa de trabajo.

Espíritu neto, era aficionado á generalizar y simplificar y decía á Héraut de Séchelles:

— ¿Por qué tiene Ud. dos nombres? Con uno solo basta.

Héroult ha consignado todos estos detalles en su breve relación ó *interview* de Buffon, que aparece en ella con una fisonomía bastante especial de luchador grande y sólido que levanta lenta y pacientemente el peso formidable de su obra.

Completemos su artículo con algunos nuevos detalles.

Luis de Buffon, el famoso historiador de la naturaleza, pertenecía á una familia noble y rica. Su padre vivía con fausto, daba fiestas y recibía á la mejor sociedad de Dijón. Luis se indispuso con él con motivo de su matrimonio y exigió un arreglo de cuentas. La sentencia del pleito le atribuyó la tierra de Montbard. Padre é hijo se reconciliaron en lo sucesivo y, á la muerte del primero, Buffon hizo su elogio en la Academia con algunas palabras conmovedoras entrecortadas por los sollozos.

Terminados sus estudios, entró Buffon en la vida con una disputa que tuvo con un inglés á quien mató en duelo.

Huyó y visitó á Italia donde encontró á un señor Hinckmann que le comunicó la afición á las ciencias naturales. Viajó también por Suiza é Inglaterra, donde estudió á Hales y á Newton. Á su regreso, llamaron bastante la atención sus primeros trabajos, siendo elegido miem-

1. En tus rodillas, bella Eugenia mía,
Hacer versos en vano procuraba
El sentimiento al genio sofocaba,
Y el pupitre mi mente distraía.

2. Este cuidado de la limpieza se notaba también en su estilo. Desgraciadamente en España no ha tenido siempre en esto muchos imitadores, pues según la frase gráfica de Forner, había en su tiempo no pocos (y sigue habiéndolos) « que no peinaban ni sus discursos ni sus cabellos ».

(N. del T.)

bro de la Academia de Ciencias á los veintiséis años. El rey se interesaba mucho por los ensayos en grande en materia de desmontes, y puso á su disposición los bosques de Marly y de St. Germain. En 1747, reconstituyó en la Muette los grandes espejos ustorios de Arquimedes.

Incendiaba á larga distancia casas por las que pagaba el doble de su valor. Hacía construir colosales esferas de bronce para calentarlas y estudiar, por su enfriamiento, las leyes del enfriamiento de la tierra.

En 1739 fué nombrado intendente del Jardín del Rey, hoy día jardín de plantas. Allí concibió y ejecutó el plan de su vasta *Historia Natural*. En 1749 publicó los tomos I, II, y III y en cada uno de los años siguientes apareció con regularidad un volumen. Elegido miembro de la Academia francesa en 1752, renunció al discurso de costumbre reducido á ensartar una serie de elogios y escogió y trató otro asunto: *El estilo*. De dicho discurso se ha conservado el adagio; « El estilo es el hombre ».

Entre tanto reorganizaba el Jardín del Rey, enriquecía y clasificaba con Daubenton las colecciones que les enviaban de todos los puntos del mundo los soberanos, los particulares, los sabios y los viajeros, á cambio del título de corresponsales del Jardín del Rey, y del Gabinete de Historia natural. Habiendo encontrado unos piratas, en una de sus presas, cajas con su dirección, se las enviaron sin abrirlas, ¡tan grande era la reputación de que gozaba!

Daba al Gabinete de Historia natural los regalos personales que le hacían, y como le preguntasen:

— ¿Y vuestro hijo?

Respondía:

— El Gabinete del rey es mi hijo mayor.

Como las salas iban siendo demasiado pequeñas, Buffon, para ganar terreno donde colocar las colecciones, abandonó sus habitaciones y alquiló una casa en la calle des Fossés-Saint-Victor. Extendió el jardín hasta el Sena, terraplenó el cauce de la Bièvre, se extendió por el lado de la abadía de Saint-Victor á la que compró algunos edificios, y como los religiosos tardaban en desalojarlos, envió obreros para que quitasen las tejas un día que llovía á cántaros.

Fundó cátedras de enseñanza con Fourcroy, los hermanos Jussieu, los Daubenton, Thouin y Lacépède como profesores. Recibía un correo voluminoso. Los soberanos se honraban carteándose con él. Se hallaba en los mejores términos con el rey, que le escribía:

— Enviadme un corzo de Montbard...

Ahora bien no se encontró más que medio.

El rey rió mucho, y en cambio le envió medio pastel.

Buffon leyó el *Cisne* á su visitante, el príncipe Enrique de Prusia, que, encantado, le envió un servicio de porcelana de Sajonia adornado con

cisnes. Buffon se lo legó á la Sra. de Necker. Vió coronado su busto en vida, y pudo presenciar la erección de su estatua por Pajou.

No perteneció á ninguna camarilla ni intrigó nunca. Se impuso por su inmenso genio. Vivía en medio de un majestuoso aislamiento y no respondía nunca á ningún ataque. Tuvo muchos enemigos y envidiosos, pero fué mayor el número de sus fervientes admiradores.

Desdeñaba á sus adversarios y decía : « Mi amor propio llega hasta el punto de creer que cierta gente ni siquiera puede ofenderme. » Además creía : « que es preciso dejar á la calumnia deshacerse por sí misma ».

Voltaire le envidiaba y se burlaba de su teoría de los fósiles y de la supuesta sumersión de la tierra, pretendiendo que las conchas procedían de los almuerzos hechos en otros tiempos, en la montaña por los peregrinos.

Buffon murió en el Jardín del Rey an 1788.

La agonía fué lenta, pues su cuerpo era muy robusto. Sus restos mortales fueron conducidos á Montbard con gran afluencia de gente que formaba fila á ambos lados del camino.

Su sepulcro se conserva aún en dicho punto.

Su obra maravilló, y nos maravilla aún por la grandiosa sencillez de su vasto ordenamiento. Comprende dos *Discursos* acerca de la historia de la naturaleza, el tratado de las pruebas de la teoría de la tierra y de la formación de los planetas; la historia de los minerales con numerosos datos acerca de experimentos y una parte capital : *Las épocas de la naturaleza*¹ en siete capítulos. Fueron atacadas desde el punto de vista teológico, aunque Buffon adoptó siempre el partido de mantenerse en buenas relaciones con la Sorbona, lo cual le hacía sospechoso á los Enciclopedistas. Es éste uno de los tratados en que más cuidado puso; lo copió diez y ocho veces, completando y dando más lucidez á su pensamiento en cada copia. Distingue siete periodos :

Cuando la tierra y los planetas han adquirido su forma.

Cuando, consolidada la materia, formó las rocas interiores del globo así como las grandes masas vitrificables de su superficie.

Cuando las aguas cubrieron nuestros continentes.

Cuando se retiraron las aguas y empezaron á obrar los volcanes.

Cuando los elefantes y demás animales del mediodía habitaron las tierras del norte.

Cuando se realizó la separación de los continentes.

Cuando el poder del hombre secundó el de la naturaleza.

Esta última Época evoca la formación de las primeras sociedades

1. Hablando de Buffon, dice Menéndez y Pelayo (*Hist. de las ideas est.*, t. V): « La Teoría de la Tierra y las Épocas de la Naturaleza son verdaderos poemas cosmogónicos, aunque escritos en prosa. » (N. del T.)

humanas. Buffon presintió la ciencia de la arqueología prehistórica; refuta, así como también en los discursos acerca de los animales carnívoros, las opiniones de Rousseau acerca de la humanidad primitiva. Tuvo las intuiciones más fecundas, adivinando las teorías que iban á nacer; reconoció en los salvajes, no ya seres atrasados, sino seres llegados á la decadencia, y, en los chinos, los testigos y vestigios de la sabiduría antigua; dijo que el hombre puede obrar sobre la naturaleza y sobre el clima, que puede modificar con desmontes y desecamientos y añade que también puede ejercer su influencia sobre los animales y los vegetales mediante cruzamientos y selecciones.

Predijo muchos resultados, tales como el diamante inflamable, los hielos australes, el porvenir del carbón mineral y de la electricidad, anunció y facilitó muchas conquistas del saber, anticipándose á las confusiones del siglo siguiente.

Su historia de los minerales es completa y considerable, y nos hace estudiar toda la tierra sólida, toda la gama de los metales, sales, álcalis, lavas, estaños, así como el níquel, el cobalto, al manganeso y las piedras preciosas. Al fin de esta obra, que llena seis grandes volúmenes, hay un cuadro detallado de los seis órdenes de minerales repartidos en clases y en secciones.

Vienen después los *experimentos* sobre los vegetales y la *Historia de los animales* su obra magna. Después de una serie de consideraciones acerca de la reproducción, la nutrición y la formación de los seres, estudia al hombre. Supone un ser enteramente nuevo que abre los ojos y descubre el mundo. Es decir, algo parecido á la estatua de Condillac que se animaba insensiblemente y de cuya ficción echó mano para explicar el origen de los sentidos. Todo este volumen abunda en bellezas. El retrato ideal del hombre de bien, en que se pintó á sí mismo, no carece de mérito ni de grandeza.

Hablando del nacimiento y de la alimentación en la primera edad, condena las mantillas en las que se envuelve á los niños y el corsé de las jóvenes; pasa revista á los fenómenos y á los monstruos, analiza los sentidos, estudia las razas y llega á los animales. Estudia el caballo (es célebre el retrato del mismo)¹, el perro, el gato, todos los animales domésticos, los animales salvajes, los carnívoros, los de los trópicos, los de África, los de América.

Á propósito del ciervo hace el elogio de la caza, para lisonjear al rey.

Vienen luego las aves de rapiña, las águilas, los buitres, los mochuelos, las aves que no pueden volar y otras que se relacionan con ellas (las divisiones no tienen apariencia muy científica), los pavos reales, fai-

1. En nuestra literatura existe un hermoso retrato literario y técnico del caballo en el poema de Céspedes *La Pintura*. (N. del T.)

sanos, chinquis, hoccos, manucodios, cocotzines, y otros muchos de diferentes y vistosos colores; todos estos volátiles, con nombres adorablemente lindos, parecen gorjear en aquellos tomos en octavo como en una gran pajarera; de aquellas páginas se desprende un rumor de bosque sonoro, de plumas que se agitan, de gritos repetidos, y de alegres picotazos. Jamás se redactó en estilo tan sólido y tan agradable un inventario más concienzudo de la gente alada.

Faltan la botánica y la entomología.

Hoy día Buffon sólo nos seduce por la forma, por la majestuosa disposición de sus desarrollos, por la hermosa y amplia solidez de su estilo que se convierte en énfasis si se trata del pájaro mosca; pero que es digno del asunto si habla de las grandes fieras ó de la formación de los astros.

Buffon detestaba el estilo breve y cortado, al que llamaba estilo asmático. Empleaba en sus escritos toda la majestad que se echaba de menos en su conversación, la cual era familiar y trivial. En la elección de sus expresiones, las damas que acudían á oírle, no podían comprender que un escritor tan puro y tan correcto fuese un « conversador tan burdo ».

Sus cualidades esenciales y que constituyen su fuerza, fueron el orden, la paciencia y la voluntad. Gustábale disponer de un gran conjunto de hechos. La belleza de su obra se halla constituida por la plenitud de su corriente. Dicha obra fué muy admirada y su amigo Guénaud de Montbéliard, le dedicó este cuarteto:

O jour heureux qui vis naître Buffon
Tu seras à jamais chez la race future
Pour les amis du vrai, du beau, de la raison
Une époque de la nature¹.

Es verdad. Gracias al arte paciente, á las proporciones de la obra, y al colosal alcance de aquel arco trazado como un arco iris sobre las edades y las especies, gracias á la elevada filosofía que se desprende de esta vasta historia, y á las consecuencias científicas, económicas y humanitarias (léase la página acerca de los negros), Buffon ha sido prodigioso y benéfico. Se le debe el Jardín de plantas: él lo fundó y lo describió completándolo para hacer de él el más vasto cuadro del mundo habitado. Es el promotor de los grandes trabajos de los naturalistas modernos, vulgarizador fecundo y delicado é historiógrafo épico de la Tierra y de lo Pasado, para su mayor gloria en lo porvenir.

El centenario de la muerte de Buffon fué celebrado en 1888 en Mont-

1.

Día feliz en que nació Buffon,
Fecha serás de la naturaleza
Para el que rinde culto á la belleza
Y sirve á la verdad y á la razón.

bard, donde el Sr. E. Guillaume, miembro del Instituto, pronunció un discurso substancioso y lleno de ideas exactas, del que tomamos la siguiente página:

Todos están de acuerdo para admirar la historia natural de los animales y de las aves. Hasta los niños saben de memoria los pasajes más célebres de ella. Son retratos vivos y perfectamente proporcionados, en los que el sabio se manifiesta á la vez pintor consumado y moralista ingenioso. Se ha podido reprochar á Buffon el haber referido demasiado el animal al hombre, y el haber prescindido de una clasificación verdaderamente científica. Pero ha fundado la parte histórica y descriptiva de la historia natural. Desprendiendo la idea de especie del estudio de los individuos y admitiendo la mutabilidad de la especie misma, puede decirse que ha preparado el inmenso campo en que se desarrolla la ontología moderna. ¡Y qué descubrimiento, para su tiempo, el de la ley que preside la distribución de los animales sobre la superficie del globo! Y ¡qué título por último al respeto de la humanidad el haber demostrado la unidad de las razas humanas! Son éstas creaciones intelectuales poderosas que vino á coronar más tarde el hermoso libro sobre las *Épocas de la Naturaleza*.

Éstas pueden llamarse ideas de genio y han marcado en la ciencia un progreso inmenso. Hay que agregar que las ideas de Buffon, aun cuando no estén exactamente de acuerdo con los hechos, son fecundas, y hay que insistir en este punto. Buffon ha ejercido sobre sus sucesores la influencia de un maestro. No ha fundado la geología; pero fué el primero que pensó y dijo que nuestro globo tenía su historia, que ciertos trastornos sucesivos habían preparado el estado en que le vemos, y que había testigos de estas revoluciones en las entrañas de la tierra y en su superficie. Tampoco fué el fundador de la paleontología; pero la anunció en términos proféticos y conmovedores, siendo el primero que emitió la opinión de que se habían sucedido en la creación diferentes estados y que existían especies perdidas. No era anatomista; pero sus ideas acerca de la unidad del plan de la naturaleza, en la formación de los seres eran concepciones superiores, que debían ser generalizadas posteriormente; pero que por de pronto abrieron el camino á una ciencia nueva: la anatomía comparada. Habló de la transformación de las especies y de las generaciones espontáneas, y los partidarios de estas doctrinas se apoyan en su autoridad. Vendrán en pos de él otros sabios que hallarán en algunos pasajes inadvertidos el germen ó la justificación de nuevas teorías. Buffon pertenece ya á dos siglos.

La Economía política tuvo sus adeptos. Quesnay predicó el libre cambio y demostró que la moneda no es la riqueza misma, sino el signo de la fortuna. Gournay aconsejó el desarrollo de la industria; algunos discípulos de Adam Smith reconocieron cuatro modos de actividad: agricultura, industria, comercio y trabajo intelectual.

Al lado de ciertos especulativos como Condillac, y de polemistas co-